

# «Con los que de corazón puro invocan al Señor»

2 Timoteo 2:22

Paul FUZIER

[biblicom.org](http://biblicom.org)

---

Puede parecer sorprendente que sea necesario volver a las enseñanzas de [2 Timoteo 2:19-22](#), que se han presentado tantas veces y que deberían ser bien conocidas por todos nosotros. Pero, en general, las enseñanzas de las Escrituras necesitan que se nos recuerden constantemente, ya que nuestros corazones son olvidadizos; por eso, por ejemplo, el apóstol escribió a los filipenses: «El escribiros las mismas cosas a mí no me es molesto, y para vosotros es seguridad» ([Fil. 3:1](#); véase también [2 Pe. 1:12-15](#)). Si hoy parece oportuno recordar, en particular, la Segunda Epístola a Timoteo, es porque el adversario prosigue con mayor celo los esfuerzos que ya realizaba cuando uno de nuestros predecesores fue llevado a escribir: “El mantenimiento de la verdad y la santidad son condiciones esenciales del testimonio dado al Señor. El enemigo hace todo lo posible para que pasemos por alto cosas tan importantes a la ligera. Todos coinciden, sin embargo, en que hay que mantener la verdad, pero el deseo de unión entre los cristianos, la labor de evangelización, es secundaria. Hoy, el gran objetivo del enemigo es debilitar el débil testimonio que el Señor ha levantado para sí mismo hasta su inminente regreso. Desgraciadamente, facilitamos al adversario su trabajo con nuestra mundanidad, nuestro debilitamiento espiritual, nuestra indiferencia que nos hace tratar de estrechez y desamor el mantenimiento de la verdad. Después de haber debilitado el testimonio con muchas divisiones, quiere arruinarlo aún más; por eso busca reunir a los que ha dividido, no sobre la base de la verdad, lo cual sería ciertamente deseable, sino negando o mitigando los errores que han causado esas divisiones, errores con los que no pueden andar los que desean ser fieles al Señor guardando su Palabra y no negando su nombre. Para reunir a los cristianos desde el terreno de la verdad, el enemigo insinúa que debemos volver atrás y revisar si los errores fueron tales que tuvimos que separarnos de ellos. Por desgracia, en muchos casos esta separación no habría sido necesaria con más paciencia y menos voluntad propia. Pero, ¿acaso somos más espirituales que aquellos que estaban en la brecha en ese momento y que tenían un mejor juicio que nosotros, porque vivían más que nosotros en la separación del mal y del mundo? Por el contrario, en virtud de nuestra debilidad, nos dejamos influenciar por las circunstancias; solo con manos temblorosas retenemos la verdad que nos enseñaron quienes nos precedieron, y que fueron dotados de manera especial para sacar a la luz las verdades fundamentales de la Asamblea, que habían sido ignoradas durante siglos. Pero si no estamos capacitados para juzgar de nuevo lo que es más espiritual, tenemos la responsabilidad de actuar según los principios bíblicos en las circunstancias en que nos encontramos hoy” (M.E. año 1923, página 320 –véase especialmente las páginas 327 y 328).

Dios nos conceda ser plenamente conscientes de los peligros que amenazan el testi-

---

monio, pero también nos conceda mantenernos firmes y tener la energía para luchar «por la fe que una vez fue enseñada a los santos» (Judas 3). Esta santa energía debe manifestarse no solo en la lucha por la fe, sino también en todas las acciones que puedan ser útiles para ejercer el juicio sobre el mal. Cuidémonos de imitar el ejemplo de Elí, que fue un sacerdote infiel porque se limitó a reprender cuando le correspondía actuar.

En el cristianismo, comparado con «una casa grande», «todo el que invoca al Señor», reconociendo su autoridad como Jefe de la Asamblea y dispuesto a someterse a ella, es responsable de apartarse «de la iniquidad». Para debilitar el significado de este mandato, algunos quieren dar al término «iniquidad» el mismo significado que tiene en un pasaje como 1 Juan 3:4, donde significa «andar sin ley, sin freno» (anomia) (nota al pie, Biblia de J.N. Darby) y caracteriza el estado del hombre natural, que no tiene la vida de Dios. Si esto fuera así, «apartarse de la iniquidad» no implicaría otra cosa que separarse de los incrédulos. Pero en el versículo 19 del capítulo 2 de la Segunda Epístola a Timoteo, la palabra «iniquidad» (adikia) tiene el significado de injusticia (véase, en cambio, «justicia», justicia práctica, a la que se refiere el v. 22). «Apartarse de la iniquidad» significa separarse no solo de los que no tienen la vida de Dios, sino también de los que no caminan según la verdad de Dios en la práctica, cuando esta «iniquidad» (injusticia, falta, mal o error) se tiene como doctrina. Este último punto es importante: de hecho, dos actos, aunque idénticos en apariencia, son diferentes entre sí si el primero se realiza como resultado de una infracción ocasional de la sana doctrina, mientras que el segundo resulta de la obediencia a una falsa enseñanza.

El adorador debe separarse tanto de la falsa doctrina como de los que la enseñan, así como de los que aceptan, voluntaria o tácitamente, esta enseñanza; así manifestará las características de un «vaso para honor», como se define en 2 Timoteo 2:20-21. Su corazón debe ser «puro», según la expresión utilizada en el versículo que sigue. Por último, se le exhorta a seguir «la justicia, la fe, el amor y la paz». ¿Pero «seguir» a quién? ¿Con todos aquellos que externamente dicen ser de Cristo y llevan el nombre de cristianos? No, nos dice la Escritura inspirada por Dios, sino solo «con los que de corazón puro invocan al Señor». Que el creyente debe estar separado, que no puede andar con todos los que forman parte de la Casa de Dios, se desprende de la enseñanza contenida en los versículos 19 al 22 del capítulo 2 de la Segunda Epístola a Timoteo.

Inmediatamente se plantea la pregunta: ¿qué significa ser «de corazón puro»? Para ser «puro», el corazón debe estar «purificado» y no hay otro camino que la «obe-

---

diencia a la verdad», tanto para la salvación como para el caminar (1 Pe. 1:22). Un corazón es «puro» cuando la verdad de Dios es la ley en él, dejando de lado todos los pensamientos, incluso los mejores, que cualquiera pueda tener. La verdad obedecida hace puro el corazón.

La primera responsabilidad del creyente que quiere ser fiel al Señor en su camino eclesiástico es, por tanto, en primer lugar, hacia sí mismo; antes de mirar a su alrededor, debe considerar el estado de su propio corazón, mirar hacia dentro. Cuánto más fácil sería todo en el testimonio colectivo si cada uno empezara por ahí, si cada uno se sometiera, con sencillez de corazón y sin razonamientos, a la autoridad de la Palabra de Dios, dejándola actuar primero en él, para que gobierne su corazón y forme sus pensamientos. La acción que fluye del pensamiento, el creyente sería así llevado a obedecer la verdad, no solo en su caminar individual sino también para el caminar colectivo, tendría «un corazón puro», purificado «por la obediencia a la verdad».

Un «corazón puro» es aquel que se aparta «de la iniquidad» e «invoca al Señor». 2 Timoteo 2:22 vincula estrechamente las dos expresiones: «con corazón puro» –es decir, la separación– y «invoca al Señor» –es decir, la adhesión a Cristo. Cristo debe ser el objeto de los afectos; si es así, el corazón, lleno de él como lo presenta la Palabra, será verdaderamente un «corazón puro», que nunca asociaría con la iniquidad un nombre que le es tan precioso. Para un «corazón puro» el nombre del Señor es precioso, por lo que su autoridad es reconocida y obedecida. En otras palabras: la obediencia a la verdad es fácil para el corazón unido a Cristo. Así que, de hecho, el punto de partida debe ser el apego a su Persona. Y esto es lo que caracteriza al testimonio filadelfio: se guarda la Palabra de Cristo, no se niega el nombre del Santo y Verdadero porque Cristo es precioso para el corazón del testigo fiel. Con el corazón dirigido hacia él, el alma alimentada de él, los afectos ligados a su persona, la separación de toda injusticia se logra entonces de la manera que debe ser: por el Señor y como fruto del apego a su persona. Este es el punto más importante, y debemos prestarle atención si queremos evitar el peligro de una separación, sobre todo externa, que es fría y seca porque se observa como obediencia estricta a un principio legal. Por el contrario, permitirá el desarrollo y el florecimiento de la vida nueva recibida por la fe, si fluye del apego a Cristo, el Cristo de las Escrituras, y de la verdadera comunión con él. La «obediencia a la verdad» se realiza entonces de forma natural, pues la nueva naturaleza se deleita en obedecer; ese es su gozo.

La obediencia a la verdad se traduce en la vida práctica por la separación del mal, tanto del mal doctrinal como del mal moral. Es necesario insistir en esto porque

---

muchos creyentes que son devotos en su caminar personal, pero que permanecen asociados a un medio cristiano en el que se ignoran las enseñanzas de la Palabra de Dios en puntos fundamentales –aunque quizás se observan en otros– se niegan a admitir que están en un camino de desobediencia a la verdad. A menudo, además, en lugar de ser útiles a estos creyentes mostrándoles lo que es la reunión de los hijos de Dios según la Palabra, en la separación, se les engaña asociándose con ellos de una manera más o menos estrecha: su piedad personal atrae, quizás también su celo en un servicio cristiano, las diversas verdades mantenidas en el ambiente en el que se encuentran son expuestas y nos permitimos caminar con ellos, dejándoles así suponer que están en el verdadero camino. Se trata de decir: solo hay matices que nos separan... Esto es realmente engañar a las almas, consciente o, la mayoría de las veces, inconscientemente.

Si casi todos los creyentes se enfrentaran a su primera responsabilidad, sería fácil seguir la exhortación de [2 Timoteo 2:22](#). Por desgracia, no es así. Surge una segunda pregunta: ¿Cómo podemos discernir, para «seguir» con ellos, a «los que de corazón puro invocan al Señor»? Algunos afirman que es imposible reconocerlos en el cristianismo. Pero, ¿nos da la Palabra de Dios una exhortación que no podemos poner en práctica? La gracia de Dios guiará e iluminará a quien teme a Dios y vive en la comunión de sus pensamientos, sometiéndose humildemente a su Palabra; le dará discernimiento y sabiduría, le mostrará con quién puede caminar y reunirse. «¿Quién es el hombre que teme a Jehová? Él le enseñará el camino que ha de escoger... La comunión íntima de Jehová es con los que le temen, y a ellos hará conocer su pacto» ([Sal. 25:12, 14](#)). La comprensión espiritual se comunica por la operación de la Palabra y el Espíritu de Dios que actúan en el corazón de los redimidos y solo puede ser comunicada por este medio.

Entonces, y solo entonces, se conocerá y se sabrá el amor fraterno, no la manifestación de ciertos sentimientos que se llaman fácilmente amor y que son todo menos amor según Dios, sino un amor verdadero, un amor ligado a la verdad de Dios. Esto es lo que nos enseña el final del versículo 22 de [1 Pedro 1](#), cuya primera parte ya hemos citado: «Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, para un amor fraternal sincero, amaos de todo corazón unos a otros con fervor». No es abandonando la verdad como los creyentes pueden amarse «de corazón puro»: al contrario, la Palabra nos enseña que es manteniéndola y obedeciéndola.

La obediencia a la verdad no puede llevarnos, con el pretexto de un amplio amor fraternal, a caminar con todos y a ir a todos los lugares donde se reúnen los cristianos. Nos mantendrá separados. La enseñanza de los pasajes ya considerados hace

---

evidente para toda mente no preparada y sujeta a la autoridad de la Escritura que la posición de los fieles debe ser de separación. No de forma aislada, [2 Timoteo 2:22](#) nos lo muestra con igual claridad. Hay algunos en la Casa de Dios de los que el creyente debe separarse, otros con los que se le exhorta a «seguir la justicia, la fe, el amor y la paz». El enemigo ha conseguido, sin duda, provocar muchas divisiones en el seno de la cristiandad, que nos avergüenzan porque hemos sido con demasiada frecuencia sus instrumentos para llevar a cabo esta obra de destrucción, pero también la gracia de Dios ha obrado para mantener separados, en obediencia a su Palabra, a quienes desean, a pesar de muchas debilidades de las que se sienten culpables, «seguir la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón puro invocan al Señor». Que esta misma gracia actúe para mantenerlos fieles hasta el final, separados interna y externamente.

¿Tienen la pretensión, que se les atribuye gratuitamente, de ser los únicos hijos de Dios? Saben bien que hay hijos de Dios en muchas denominaciones cristianas, queremos tener esperanza en todas ellas. El mismo pasaje citado, del capítulo 2 de la Segunda Epístola a Timoteo, nos dice que «Conoce el Señor a los que son suyos». Todos los «que son suyos», sin que se cuestione el grado de conocimiento o incluso de fidelidad en el caminar práctico, tienen su lugar preparado en la Casa del Padre. Todos los creyentes nacidos de nuevo se reunirán allí durante la eternidad. Pero a partir de esto se argumenta: ya que todos estaremos juntos en el cielo, ¿por qué no estar ya juntos en la tierra? –Sin duda sería hermoso ver a los hijos de Dios todos juntos como uno solo, anticipando aquí en la tierra lo que se sabrá allá arriba. ¿No sería así, además, si cada uno de ellos tuviera un «corazón puro»? El cielo será el lugar de la pureza perfecta; todo allí será luz y todo allí será amor; ninguna mancha penetrará jamás en él y no podrá penetrar en él, porque ya no sería el cielo. De modo que algo del cielo puede conocerse en la tierra en la reunión de los hijos de Dios solo en la medida en que la santidad, la verdad y el amor se mantengan inseparablemente en ella.

Este es precisamente el testimonio que los hijos de Dios tienen que dar aquí en la tierra. Todos los que entienden esto son responsables ante Dios de mantener, con toda la ayuda de su paciencia y gracia, ese testimonio de aquel que es «el Santo, el Verdadero» ([Apoc. 3:7](#)), el «testimonio de nuestro Señor», un testimonio del que no hay que avergonzarse ([2 Tim. 1:8](#)). ¿No se avergonzaría, tal vez, en el fondo de su corazón, si quisiera ser visto como de mente amplia y tolerante, dispuesto a caminar con todos los cristianos, ignorando las enseñanzas de [2 Timoteo 2:19-22](#) y [1 Pedro 1:22](#)? –Al escribir esto, no olvidamos que solo el Señor conoce a sus testigos,

---

su Testimonio. Nuestro privilegio, y al mismo tiempo nuestra responsabilidad, es poder unirnos a quienes él nos hace reconocer como invocadores de él «de corazón puro», para dar testimonio con ellos.

Las verdades que acabamos de recordar son muy sencillas de comprender. Como hemos visto, pueden provocar ciertas preguntas, a las que la misma Palabra responde; pero también, a veces, suscitarán preguntas de otro carácter, derivadas de una falta de sencillez y sumisión a la Escritura, que indican una mente inclinada a la razón: de hecho, siempre es el «¿Conque Dios os ha dicho?» del [Génesis 3:1](#). Sin duda, ya era lo mismo en los días del apóstol. Y es muy llamativo que en la misma frase en la que primero presenta la exhortación «huye de las pasiones juveniles» y a seguir «la justicia, la fe, el amor y la paz con los que de corazón puro invocan al Señor», diga inmediatamente: «pero evita las cuestiones necias e insensatas, sabiendo que engendran contiendas» ([2 Tim. 2:23](#)). Sin duda, estas son todas las cuestiones que podrían plantearse sobre el caminar de los fieles en los días de ruina y decadencia; pero, más particularmente quizás, las que se relacionan con la enseñanza dada en los versículos 19-22, ya que la exhortación del versículo 23 sigue inmediatamente.

En todos los tiempos ha habido «opositores» a la verdad de Dios y otros que los apoyan. ¿No los hubo en los días de Esdras?, cuando aquel fiel sacerdote ordenó al pueblo: «Apartaos de los pueblos de las tierras, y de las mujeres extranjeras». Se nos dice: «Solamente Jonatán hijo de Asael y Jahazías hijo de Ticva se opusieron a esto, y los levitas Mesulam y Sabetai les ayudaron» ([Esd. 10:10-11, 15](#)). Aquellos de los que el apóstol habla aquí solo podrían ser traídos de vuelta, y esto es un principio general, si Dios les concede «arrepentimiento para conocer la verdad», despertándolos así «del lazo del diablo que los capturó». Esta obra de la gracia de Dios realizada en ellos, los llevaría entonces a «hacer su voluntad» [la de Dios], ¿no es el corazón «purificado» por la «obediencia a la verdad»? –y no la suya propia ([2 Tim. 2:25-26](#)). El versículo 25 nos muestra que «los adversarios» no conocen la verdad, de hecho, se oponen a ella, es decir, a Dios mismo; solo la gracia de Dios puede concederles que se arrepientan de ella. El versículo 26 subraya la gravedad de su condición: han caído en «el lazo del diablo»; oponiéndose a Dios, ¡son instrumentos en manos del adversario!

Para oponerse al testimonio, para tratar de arruinarlo, el enemigo se vale de mil artimañas, nos tiende trampas en las que corremos el riesgo de caer si no estamos atentos, si no permanecemos cerca del Señor, nuestro único recurso. Es una de sus trampas más peligrosas enfatizar el amor de Dios, buscar exaltarle por encima de todo, pero dejar de lado por completo las verdades de que Dios es Luz. Esto ya no

---

es amor según Dios, ni es la verdad de Dios. El adversario trata de persuadir a los cristianos, incluso a los creyentes, de que Dios es tanto Amor que no siempre es Luz. En el cielo, sugiere, todos los creyentes se reunirán para disfrutar del amor de Dios; puesto que esta será su ocupación incesante durante la eternidad, ¿no es esto, y solo esto, de lo que deben ocuparse aquí abajo? A primera vista, esto es excelente, y es comprensible que los corazones de muchos sean seducidos. ¡Qué astuto es el enemigo, qué bien sabe engañar a las almas! Es «mentiroso y padre de mentiras» y «no hay verdad en él» (Juan 8:44). Lo que no dice, como ya hemos notado, es que en el cielo todo será amor, pero también luz; todo brillará con la gloria divina en amor y luz. Los redimidos disfrutarán del amor en la perfección solo porque estarán en la morada de la luz pura, en el lugar de la santidad perfecta. Ya aquí en la tierra, solo podemos saborear el amor de Dios en la medida en que permanezcamos en la luz.

Este es también el objeto del testimonio que «la Iglesia del Dios vivo, columna y cimiento de la verdad» (1 Tim. 3:15) está llamada a dar en este mundo: dar a conocer a Dios, Luz y Amor (1 Juan 1:5; 4:8), el Dios que se ha revelado plenamente en la persona y por la obra de su Hijo. «Dios fue manifestado en carne, fue justificado en el Espíritu, fue visto de ángeles, fue predicado entre los gentiles, fue creído en el mundo, fue recibido arriba en gloria» (1 Tim. 3:16).

Una vida de piedad, de fidelidad en el testimonio que nos corresponde mantener en los «tiempos difíciles» de los «últimos días», nos traerá la aprobación de Dios, la alegría de su comunión. Pero también nos llevará a sufrir: «Y todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos» (2 Tim. 3:1, 12). En el pasado, estas persecuciones llevaron a muchos fieles a sufrir el martirio; hoy, al menos en nuestros países, estos sufrimientos son más morales y deben ser sobre todo soportados, sorprendentemente, por los que están en la Casa de Dios. En el versículo anterior, el apóstol, al hablar de sus «persecuciones, padecimientos», solo menciona los soportados por parte de los judíos, el pueblo terrenal de Dios, pueblo al que él mismo pertenecía; ¿no se limita a recordarlos para mostrar que, en un tiempo de ruina, los fieles tendrán que soportar sufrimientos por parte de quienes, exteriormente, constituyen el pueblo de Dios, la Casa de Dios dentro de la cual están también «los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús»? –No hace falta decir que estos son los sufrimientos que tenemos que soportar si somos fieles; muy diferentes son los que podemos tener que sufrir a causa de nuestra infidelidad. En el primer caso, conocemos algo del reproche de Cristo; en el segundo, traemos el reproche sobre su nombre y su testimonio.

Nuestra pereza espiritual, que suele ir acompañada de una gran actividad en las

---

cosas materiales, nuestro interés por todo lo nuevo, que suele crecer en proporción inversa a nuestro interés por la Palabra, una falta de dependencia de Dios que nos lleva a guiarnos por nuestros propios pensamientos. Todo esto nos lleva a desear y buscar algo distinto de lo que Dios nos propone, y explica muchas asociaciones –por matrimonio, en el servicio o de cualquier otra manera– más o menos estrechas y bajo los más diversos motivos, excelentes en apariencia, con aquellos de los que la Palabra nos ordena separarnos. Y es tan grande nuestra debilidad espiritual que no solo nos falta a menudo la fuerza para juzgar el mal, sino que en muchas circunstancias ni siquiera tenemos el discernimiento.

En otros tiempos, cuando las alianzas impías habían llevado al pueblo de Dios a abandonar la posición de separación que debería haber sido suya, un Esdras se humilló, confesó el pecado del pueblo y luego se levantó para actuar, exhortando a todos los hombres de Judá y Benjamín a dar «gloria a Jehová Dios de vuestros padres» primero, a hacer «su voluntad» después, y finalmente a lograr una separación completa «de los pueblos de las tierras, y de las mujeres extranjeras» (Esd. 10:11 –véase los cap. 9 y 10). –Que Dios suscite hoy el mismo espíritu de humillación y confesión, la misma energía para actuar. Que él despierte el celo de aquellos a quienes, por pura gracia, ha confiado su testimonio, para que puedan mantenerlo en santa separación, según las enseñanzas de 2 Timoteo 2:19-26 y 1 Pedro 1:22, sin perder de vista que esta separación no debe ser solo externa, una especie de fariseísmo, sino sobre todo interna, por amor al Señor, para que cumplamos fielmente el servicio al que se nos exhorta: «Si, pues, alguien se purifica de estos (vasos para deshonor), será un vaso para honra, santificado, útil al dueño, y preparado para toda obra buena» (2 Tim. 2:21).

Traducido de «*Le Messenger Évangélique*», año 1959, página 35